



Hoy he querido
hablar de *Amor*

Segunda Edición

cursivas

MAURICIO VANEGAS GIL

HOY HE QUERIDO
HABLAR DE AMOR

© Mauricio Vanegas Gil

ISBN: 978-958-52151-0-8

Editorial Uniclaretiana 2019

Editor de la segunda edición: Efraín Ferrer

Diseño de carátula: Lorena Moreno Diaz

Imágenes de interior y carátula: José María Ruíz

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Queda rigurosamente prohibida y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

HOY HE QUERIDO
HABLAR DE AMOR

NARRATIVA

MAURICIO VANEGAS GIL

EDITORIAL UNICLARETIANA

2019

*Mi memoria no es de amor, sino de hostilidad
y se empeña no en reproducir, sino en alejar el pasado.*

Mandelstam.

Le bruit du temps

PRÓLOGO

*Tantas veces he contado esta historia
que hoy bajo la forma de las letras
empieza a morir...*

Mauricio Vanegas

La esencia de la memoria es reconstructiva. El escritor que intenta preservar sus experiencias no las reproduce, las reconstruye. Se inspira en el gran rompecabezas de su vida, inicia la búsqueda y parte de este recuerdo para estructurar su obra.

Mauricio lo hizo a sabiendas de los muchos momentos creativos donde la realidad no es otra cosa que un estado interior. Un glorioso paso de la conciencia, donde, recreado por la imaginación, se acrecienta el dolor, se percibe el perfume, se repite el gesto y se transforma en obsesión una mirada.

El valor de un libro también parte de su originalidad. En el caso de *Hoy he querido hablar de amor*, cada cuento, además de contar una anécdota, se convierte en su relación con los otros, en la historia de un poema. Un poema sirviendo de enlace, un poema que no cabía en su propio contexto y decidió crecer. Un libro que en un principio nos atrapa con su idea fragmentada resuelta en pequeñas historias eróticas pero todas ellas anudadas a una vida y dentro de esta vida, la mujer. La mujer niña, la adolescente, la siempre presente en la trayectoria del autor. Una narración, que aunque no lo pretenda,

nos involucra en la construcción de una estrategia para conseguir a través de las experiencias de repetidos intentos, atravesar el espacio entre el deseo de dos que se encuentran.

Un aprendiz de amante con todas sus peripecias que me remontó a la lectura del poema *El aprendiz de brujo*, de Goethe. Momentos cruciales a partir de los cuales se rompe el hechizo y la posesión se invierte. Historias de aparente indiferencia reveladoras de una lucha interna contra el temor a la pérdida, relatos empecinados en entender lo que encierra la profundidad de una mirada. Ojos como portales para adentrarse en el juego incontrolable del amor hecho entre lo onírico y los trozos de realidad que le dieron origen.

Este libro, en fin, narra la ruta recorrida por su autor para enfrentarse al otro perturbador. La lucha para preservarse de la invasión, y a la vez, esa falta, esa de la que mana la vida. La ausencia de la palabra oportuna. El amor como una captura imaginaria primero y más adelante como una realidad donde también caben sus imperfecciones.

Mujeres, como en un aquelarre, danzando para hacer más patética la percepción de las diferencias, la imposibilidad de reunir en una sola todos los atractivos subyugantes y efímeros de los cuales nace cada historia. Mujeres abiertas al drama de enfrentar sus propias dudas y a la más agotadora, la del otro.

Indomable sensación de soledad siempre presente en cada despedida. Más dolida aún, cuando el autor parece perderse en ella. Una soledad que invita a pensar en la locura del amor, nos cuestionan sus momentos mórbidos y nos pone en su propia voz un último pensamiento, “... *seguía solo a pesar de ella*”.

María Jaramillo Villegas

«No sé trata de un manual sobre el amor, tampoco de las recetas mágicas para llevar una relación y mucho menos, registrar la vida sentimental del autor; *Hoy he querido hablar de amor* es un libro en dónde el autor entra en infidencia con sus lectores para narrar historias en primera persona y desde aquí expresar sentimientos, emociones, erotismo, belleza y claro está, el arte de la conquista.

¿Qué ha pasado entonces con este cómplice del amor, con este hombre que nos cuenta un sinfín de experiencias? Será una respuesta fácil de responder con su segunda edición»

Yuli Tatiana Lan fuentes
Docente licenciatura en lengua Castellana.
Universidad San Buenaventura

«Siempre creí que cuando leyera la creación de Mauricio me encontraría con dragones, hadas y un infinito número de seres mitológicos; en cambio, me sorprendió una continua sucesión de amores y desamores, una extraña sensación de estar leyendo literatura erótica infantil y las increíbles batallas de un guerrero masacrado en el amor.

¡Eso es revolución para el lector!»

Diego Saldarriaga
Director general de Teatriados
Profesional en artes escénicas.

EL CUENTO DE ESTE CUENTO.

“la literatura es un secreto pacto de soledad, la soledad de quién escribe y la soledad de quién lee”

Joseph Brodsky

En los muchos años dedicados a la lectura, me habrá tocado acceder a un buen número de textos de agradecimiento; singulares y sentidas estructuras que levitan entre una poética exposición de motivos y una interminable lista de nombres desconocidos; salvo un par de ocasiones en que me sorprendió encontrar un nombre bien conocido, el mío, en el libro *De viajes* (antología club literario el viaje) proyecto de formación y publicación de mi amiga Lady Gallo y los agradecimientos del libro *Caminos de la memoria siderense* del gran Herney Tobón. No puede ser otro el motivo de esta introducción, que hacerle un reconocimiento a quienes le han permitido a esta obra, alcanzar su segunda edición, su segundo ciclo en un tiempo verdaderamente corto.

Un buen número de nombres se agolpan en mi cabeza y la mayoría ya estaban expresados en los capítulos de la obra, pero no puedo dejar de hacer mención a personas como Gustavo Aguilar mi maestro de filosofía del bachillerato y hoy mi gran amigo; a Yuli Tatiana Lan excompañera de trabajo, lectora y afectuosa crítica; a Diego Saldarriaga, mi primer amigo y seguramente el último, quienes aceptaron producir un comentario para esta segunda edición. Al editor de la primera edición: Alejandro Herrán, quién con su lectura edificó esta novela que hoy tiene en sus manos el lector; a la

atenta lectura de Luis Gabriel Restrepo, un impecable corrector de estilo y contertulio de afectos y versos. A los narradores orales Santiago Cano, Diana Guti, Alexis Saldarriaga Mejía y mi amigo Juan López, porque en su voz y estilo, esta obra ha cobrado forma escénica y una riqueza entrañable; el montaje *Hoy hemos querido hablar de Amor*, es lo más parecido a ver convertida una obra en un film. Por supuesto a la editorial Uniclaretiana, a través de Efraín Ferrer de la Torre, por creer en este proyecto y ofrecer un apoyo incondicional; a los más de 450 lectores de la primera edición que con su aporte han materializado esta nueva entrega y por supuesto a Vanessa Moreno Yepes, la mujer ausente durante todo el libro, hoy presente en la sincronía de la existencia compartida. A todos ellos afecto, larga vida, mucha lectura y permiso para atraparlos en un libro en el que algún lector encontrará un sin número de nombres que, a pesar de desconocidos, hacen posible este secreto pacto de la lectura y la escritura.

Mauricio Vanegas Gil
Marzo de 2019

CONTENIDO

I RECÓNDITO (2003).....	14
II.....	19
III.....	21
IV.....	24
V.....	27
VI.....	31
VII.....	35
VIII.....	39
IX.....	41
X.....	44
XI.....	49
XII.....	50
XIII.....	52
XIV.....	55
XV.....	57
XVI.....	59
XVII.....	64
XVIII.....	67
XIX.....	70
XX.....	72
XXI.....	76

JUSTIFICACIÓN

Motivo de un viaje a lo inconcluso que surge con el siguiente poema; por el cual me he sentido tentado a una modesta creación que recopila historias, anécdotas; algunas ficticias, otras prestadas, pero sobre todo sentidas. Bienvenido al viaje.

RECÓNDITO (2003)

La puerta del secreto ilumina el silencio,
el polvo difumina momentos.
Tantas vidas, tantos recuerdos;
rastros, rostros, sonrisas, besos y caricias
flotan en el vacío, pincelando la rutina.
En el origen del laberinto Alexandra sonrío
con dientes de leche,
Mari luz promete esperar para siempre,
sin saber... qué era esperar.
Lorena y Norena juegan a una adultez
que no me pertenece.
Me escondo en la calle de Marisela,
Clara dice que soy lindo,
Elisa no me perdona el día del amor y la amistad,
Los ojos de Damaris brillan y sus labios saben besar.
Sandra y Bibiana pelean por mí,
mientras yo pienso en Mari Sol diciendo que no.
Paulina me asusta y excita;
en el placer de tocar la mano de Olga
el futuro cobra sentido.

¿Quién diría que su destino fuera tan ajeno al mío?
Tatiana sabe que no es para mí y sin embargo me ama,
Carolina me acosa y Gloria... ay Gloria
¿qué será de los bellos ojos y la canción
que solíamos bailar antes de que te fueras
para no regresar jamás?
Una rubia sin nombre me enseña de sexo;
entonces Claudia contando lo de Maribel,
no me perdona. Daniela fugaz
en la última feria de la ciencia,
Natalia promete no olvidarme,
desconociendo que su destino era Carlos.
Una mujer que no recuerdo
me dice que no la voy a olvidar,
entonces Maryeni me enseña a ser novio
y me gradúo con Diana,
una promesa para la eternidad
y una frustración para la posteridad.
Las piernas de Jenny no dejan estudiar,
Janett solo busca sexo, Jazmín entra
y sale cual si la vida fuera su hogar.
Sin pena ni gloria Cristina lo intenta,

Francy es hermosa pero no sabe besar,
Eliana nada promete, Andrea nada niega,
Isabel frágil y delicada, bella historia, triste final.
¿Quién después de todo? Mujer ausente,
en tu nombre día tras día, me he perdido,
confundido en las fauces de un libro,
¿Cuándo vas a dejar de ser un fantasma
entre espectros y recuerdos que hoy me dejan una
solitaria noche en la que danza
la armonía flotando en la melancolía?
Y yo me dejo llevar,
me dejo llorar.

El texto en sí mismo es una particular imitación de un poema escrito por Gonzalo Arango. Disculpas con él, gracias a todas y cada una de las mujeres que acompañaron el cuarto de siglo que llevó escribir este texto. Y el siguiente...

*Y yo que no veía la hora
de tenerte en mis brazos
y poderte decir...
Franco D'Vita*

Un día cualquiera el destino sin rostro se sentó en el borde izquierdo de mi cama, pronunció unas palabras que interpreté como pregunta, habló, si prefería recordar su rostro o su aroma. Opté por recordar únicamente su vestido, el de ella. La había conocido la noche anterior y es posible que el destino o ella, sucedan solo en mi sueño.

A pesar de escasos 7 u 8 años, me comporté como todo un caballero, en medio de luces y adultos, nos trazamos un intento de romance. Todo ocurrió en una casa sin lugares secretos, el jardín era una extensión de la luna llena iluminando un sendero trazado por flores, donde inventé en la ingenuidad excusas para caminar y vulnerar aunque sea por un instante la soledad.

Luego del contacto visual y de sostener la mirada buscando un lugar para la historia, la estrategia primera es ejecutar un roce de piel que suscite complicidad. El primer problema de la táctica se resolvió por la intervención de algún adulto externo. Yo elegí el cabello en la trayectoria dibujada por su hombro, fue la casualidad primera de un abrazo espontáneo, en este caso fue un largo abrazo; fue nuestra única y privada fiesta. Mi madre ajena a todo lo que de golpe se empezaba a tejer en el que hasta ahora y por mucho tiempo sería su niño, celebraba los alcances de casanova. Yo ignoraba el peso de los recuerdos. Al final de la noche, ella se marchó dejándome en la mejilla un cálido beso y un aroma no olvidado, jamás falsificado.

Al amanecer del día siguiente me desperté con una melancolía nueva para el futuro, un sentimiento extraño, ligeramente distinto al de perder un juguete caro o un globo de helio. Recordé el vestido blanco de tiras manchadas de azul pálido, un bello rostro que con el tiempo se disolvió entre otros tantos, también iluminados por la luna. Suspiré sensato de haber olvidado su nombre, un tipo de amnesia me perseguiría el resto de mi vida, quizás mi madre sí sabía su nombre; era después de todo una fiesta familiar, pero no me entendería, no sé si por pudor o por temor, nunca le pregunté. Seguro pensé que la encontraría en el mundo que entonces era tan diminuto que cabía en un suspiro sabatino y quizás en efecto fue así, en ese caso no la reconocí, se quedó como huésped del recuerdo, un relato que hasta hoy comparto con un papel. El sentimiento sí me volvería a asaltar por sorpresa; pero por principio genético, no se olvida una primera vez.

II

*Se fue y me niego a creer que se fue
y tú que viajas y algún día la vez,*

cuéntamelo...

Francis Cabrel

El mundo se volvió inmenso, a mi corta estatura las distancias eran un cosmos y los zaguanes, universos paralelos. La escuela elegida por mis padres por motivos de cercanía, fue una prisión inmensa, con el tiempo: cuatro muros al sol de un enero sostenido. Coincidían las tardes de libertad condicional con la búsqueda exhaustiva de motivos para entender la naturaleza. Para entonces los verdes ojos de Mary Luz empezaron a brillar de manera sugestiva; un día era una niña, al día siguiente me aseguraba enfática que yo era a su juicio “lindo”.

La segunda ley de la conquista implica identificar textos y contextos para el riesgo de la aventura, a veces la natural cobardía masculina exige palabras más explícitas de la condición femenina: observación, detalle, modular la voz y pactarle encuentros al hado

Mary Luz tenía el carácter trágico de haber perdido a su hermana mayor en condiciones que nunca accedieron a mi comprensión, lo que refugiaba a la que apenas era una niña, en una soledad que crecía con ella. Sus trenzados cabellos al natural y su sonrisa, eran para un niño de mi edad, espectáculos solo comparables con la televisión a color. Coincidíamos en el horario de estudio, pero el colegio no era el mismo; aunque las rutas tenían similitudes que fui descubriendo. Tal situación me inició en la destreza de peinarme;

pero cualquier propósito se veía opacado ante la aparición de la niña de los ojos color esmeralda. Un uniforme azul resaltaba los rasgos felinos en el equilibrio de su condición infantil.

Éramos vecinos y había noches en que la vecindad nos permitía mirarnos a la luz artificial de respuesta a la noche, a través de una tabla de ajedrez dispuesta como excusa para hablar; aunque las palabras fueran pocas, las partidas fueron menos.

Alcancé a decir adiós cuando el carro de trasteos encendió su motor Diesel 1978. Ella aún en pijama vertió una lágrima y abrazando a su peluche de felpa tipo Alf, detuvo su mirada esmeralda en el ángulo donde se perdía el camión que me llevaba lejos de su condición de vecino, lejos del tablero de ajedrez y del arbor de su mirada, al sur, a lo que a partir de ahora será en este relato “el pueblo”. Nos fuimos sin despedidas ni promesas, por decisión de mi padre.

La sola imagen de la despedida detenida en mi memoria, corría el riesgo de ser busto de un sepulcro que no volveré a ver; me pesa saber que mientras fingíamos jugar ajedrez, víctima de una excesiva confianza en el futuro, nunca la tomé de la mano para decirle que también era linda; que digo, era hermosa. Le fallé al tercer principio de la conquista, aún no la conocía, a menudo la lección enseña, solo un día le dije con un aire ausente que no estaba sola y le mentí.

Hace ya algún tiempo que he regresado al epicentro de la historia y el tiempo ha hecho estragos en mí y los arquitectos en el paisaje; la escuela no está, Mary Luz tampoco. La información que he recibido es confusa, me queda claro que también se fue para no volver. Tampoco le dije que me esperara, de haberlo hecho también sería mentira. Ella lo sabía; pero es imperdonable no haberle dicho que era linda.

III

*Ahora que he olvidado lo que soy
recuerdo en el pasado lo que he sido...*

Miguel Bosé

Quizá era una tarde, recuerdo poco y la improvisación compensa el olvido. Había llegado a mi casa y al pasar de largo por la sala, escuché la voz ajena en un hilo infantil que dialogaba con mi hermana, supongo que me detuve disimulando el punzante interés. Parte del arsenal de conquista implica demostrar un interés moderado, cualquier exceso puede resultar fatal. Ella era una niña como todas las anteriores, de ojos diáfanos y místicos, como todas las anteriores. Era, ¿o será aún?, hija de una amiga lejana de mi madre que solo de vez en cuando se aparecía. Aunque tal visita dominical estaba anunciada, su terso aire perturbador me tomó por sorpresa. Acortando estrategias de conquista, busqué el ángulo del diálogo para someter mi interés a su consideración, despreocupada cayó en la telaraña tejida por gestos y expresiones fáticas del lenguaje: la mujer que habla, revela fragmentos de una imagen que define el paso siguiente, el tacto preciso, el tema de conversación, la finitud de la mirada, el subsecuente encuentro. Nada más, aparte de mi sorpresiva buena disposición para atender una visita, distrajo el común desarrollo de aquella tarde; excepto por un hecho simple, tan sutil que pudo ser imaginado.

Cuando llegó la noche, pasamos de los juegos de tablero a las escondidas, la pauta estaba marcada por la espontaneidad; más acción en la práctica, subimos por principio categórico del juego a la azotea, mientras su hermana menor se daba a la tarea de buscarnos; quizás evadí en el relato hasta el

momento la existencia de una hermana menor, no ha sido deliberado, solo hasta esta parte tiene un lugar bastante efímero en la historia. No recuerdo si la noche estaba estrellada, quizás había luna, recuerdo que apoyados de espaldas al muro, dirigí mi mirada hacia su rostro y en él se quedó detenida, recuerdo un brillo en incremento en sus ojos, un calor en mi cara. Lentas como en un vals de Wagner nuestras manos se rozaron con ternura, un movimiento espontáneo que nos sugirió un beso: esa nostalgia inexplorada que exigía fingir experticia, aún sin referencias. Sus ojos cerrados, el temor en la atmósfera, cuando a escasos centímetros de sus labios, la no melodiosa voz de madre la llamó por su nombre en un tono que anunciaba la despedida.

En contrapunto de latidos descendimos asustados, disimulando que nada cósmico había sucedido. Como ya lo puede notar el atento lector, olvidé el nombre de la protagonista de esta historia, intentaría alguna posibilidad pero sería un irrespetuoso con su recuerdo.

Volvería a verla seis años después, la emotividad propia de este encuentro me llevó hasta la providencia de sus quince años, era entonces una jovencita hermosa, con su expresión intacta. Se acercó a mí y se presentó como si jamás me hubiese visto, le pregunté si no me recordaba, pero solo obtuve un gesto de extrañeza. Sentí entonces un incontenible deseo de liberarla de su amnesia; mas, noté que el brillo diáfano había abandonado su mirada, así que solo dije mi nombre y guardé el recuerdo, fui egoísta o fui orgulloso pero en fin, fue el fin.



IV

*...Niña de fuego con labios de mujer fatal,
cuando se entere de nuestro juegos tu papá.*

Orquesta Mondragón

Lo debo confesar, no supe dónde empezaron las cosas; cursaba entonces el año de bienvenida al bachillerato, el cambio de ambiente le había sentado bien a mi timidez que inició su persecución en la niñez; había fortalecido sin proponérmelo un grupo de compañeritos neófitos del universo; aún peinados por hermanas mayores, generosos en risas, temerosos de las mujeres. Uno entre los mencionados se interesó mucho por una niña del salón; Olga Lucía era su nombre entonces y sospecho que lo es aún, no podía yo negar el particular atractivo de la compañerita con una niñez prometedora, al igual que una expresión fenotípica dominante latina. En los juegos que antecedieron mi primer beso, me di cuenta que mi compañerito no le era tan atractivo; la situación en sí misma revelaba un camino, un espacio de complicidad al que accedí no sin proponérmelo, inicialmente canalizando mensajes, luego tergiversándolos, finalmente, inventándolos.

El lugar del mensajero tiene sus ventajas, gané la confianza de Olga pero aún más importante, la propia; sin confianza no existe el atractivo, al menos en los hombres. En un silencio tímido o una conversación sin sentido, nos enseñamos a abrazar; una cátedra que quedaba entre clases, en las pausas de tareas; yo me demoraba en las caricias, trazando órbitas en redondas mejillas pintadas por tenues pecas donde aprendí a seguir las primeras constelaciones. Fue una mañana soleada cuando el imaginario puso fin al deseo y el hecho derivó en que nuestros labios inexpertos se juntaran, ninguno de los dos notó

la atención expectante de todo el salón de clase, incluyendo la profesora de ciencias sociales. En un vigilado rincón del salón, el mismo salón que años después nos serviría para otros encuentros con mejor descripción para adultos.

Aprender que el beso se hace a sí mismo, que nunca se pide, se reclama o se exige; cualquiera de las anteriores es evidencia de inseguridad, el precio, es dar un beso sin merecerlo. Crear el beso es crear el recuerdo, es más importante el contexto, es un alto porcentaje del éxito; nadie me lo había dicho, pero fue una estrategia que me llegó en el proceso. Los viernes se colmaron de besos en un modelo de reserva que tenía la pretensión de durar todo un fin de semana y que se veía seriamente perjudicado por los festivos. Ocultos a la opinión de los padres, motivados por la complicidad de los compañeros, una memorable relación trazó un modelo para otros del salón que a la postre se arriesgarían. Luego llegaría el tránsito de un grado a otro: las habilitaciones, deudas académicas, el vértigo de saberse perdido y apostararlo todo, las reflexiones, las vacaciones, depender de las llamadas a escondidas, a la baja inversión adolescente para un helado romántico, así finalizó el año y con él nuestra relación púber. Al año siguiente frente al encuentro tantas veces imaginado, nos mostramos distantes, la timidez recuperó el terreno perdido y de manera inexplicable las cosas agonizaron, al parecer murieron. Algo del vacío del tiempo que no nos perdonamos.

Seguíamos siendo compañeros cada vez con menos cosas en común; los años siguientes afianzaron en ella una sensualidad que perjudicaba mi natural estado de ocio escolar. Pronto iniciaron de nuevo los saludos, las miradas que disimulaban decir más de lo que jamás fue pronunciado, las conversaciones suscitaron un rol de amigos; pero el símbolo de nuestra relación persistió con nuestra generación. Así pasó el tiempo; cuando ya era el último año del colegio y las terceras personas de turno hacían intransitable el abismo entre los dos, una tarde expuesta al vértigo académico se apro-

ximó renunciando al rol de seductora por una de portadora de angustia; la crisis rondaba la adolescencia. Sin preguntas la acompañé hasta su casa en un ocaso eclipsado por lluvia; despreocupados caminamos, hablamos, nos tomamos de la mano, reímos; sin programarlo, sin buscarlo en la despedida normal como es de suponerse, el abrazo se tomó su tiempo, quizás el mutuo calor de resistencia al clima, revivió momentos extraviados en la niñez y, ¿por qué no?, nos besamos con una ansiedad susceptible a la finitud de la existencia. Desde entonces, jugamos el oscuro lugar de los amantes, movidos por la nostalgia sobrepuesta a un verdadero sentimiento.

Fue cuando de nuevo sentimos que la historia se repetía; que se anunciaba el fin de nuestro albergue en la secundaria y otros reclamaban nuestro espacio para distintos libros, nuevas historias. Una última noche con el sabor de despedida anisado, fuimos hasta el mismo salón en el que se escribió el prefacio de nuestro afecto y jugando con la complicidad de un colegio deshabitado, nos entregamos como dos adolescentes curiosos, que en efecto lo éramos, entre lágrimas que anunciaban un final distinto, pero aun así, un final. ¿Una historia en dos episodios? ¿Dos historias en un mismo episodio? ¿Acaso un dejavú? ¿Habrá un tercero? Tantas preguntas para tan pocos recuerdos.

El día de graduación la vi hermosa, como cuando mi compañero se fijó en ella. Se fue sin palabras, sin dejar besos de reserva para tantos fines de semana posteriores. Con los años su recuerdo se ha hecho épico. Mucho tiempo después recuerdo haberla encontrado en alguna de mis tantas noches suicidas; robusta, con su atractivo añejado con premura, sentada en las piernas de un hombre tosco, con presunción de propiedad en su gesto, un habitante del mundo. Ella me saludó sin tapujos, él me miró sin afectos, nada más para alimentar la fantasía de los curiosos. A veces me es dominante el deseo de saber de ella o por lo menos escuchar de sus labios la versión de esta misma historia.

V

y sin embargo te pido que no sueltes mi mano
Agrupación Toque de queda

Bastante tiempo había pasado para volverme a encontrar con el arrebatador que sugiriera historias toleradas de ser contadas, transcurrían aún los años de la preliminar adolescencia, la soledad ya no era uno de mis fuertes, el año estaba a punto de posarse en el recuerdo. Aquel día ya no era de día, era una calurosa tarde sabatina, desde los minutos previos debía estar en el parque de mi pueblo; temo incluso que mi impuntualidad característica tenga génesis en esta época, de modo que salí de mi casa alternando: corriendo y caminando; al doblar la esquina se empezó a dibujar en el paisaje la silueta de una mujer acompañada de un niño. El asunto desde luego no era nada relevante; a menudo por las calles de mi pueblo se ven mujeres acompañadas por niños incluso a veces por niñas, solo que me suscitó una atención especial. A medida que me acercaba sus facciones me permitieron hacerme una idea que ahora puedo compartir: era una mujer blanca, de cabello rubio largo, recogido más abajo del cuello, tenía un corto vestido y más por admiración que por avaricia, noté unas admirables piernas. Me disculpo por el adjetivo, no pensé lo mismo en el momento.

Pasé por su lado con la mirada detenida en su rostro... cómo evadir el detalle de finas cejas, sus ojos color caramelo con el misterio próximo que me había ya perseguido en la dulce niñez que apenas empezaba a dejar; cual si fuera poco, gruesos labios en medio de unas facciones ovaladas en las que coincidían por igual la sensualidad y la dulzura con un equilibrio en consideración peligroso. Era evidente que me aventajaba algunos años de

edad, incluso los suficientes para ser la posible madre del niño, aunque no los suficientes para escapar al alcance de mi imaginación.

Me he permitido obviar el motivo de mi afán y con el respeto del lector lo seguiré haciendo; solo sé que esperé verla de nuevo al final del sendero, pero su camino al parecer no la llevaba hasta allí. Al anoecer cuando volvía a casa por el mismo camino, me asombré de verla, esta vez en el tercer piso de un edificio recién construido, no muy lejos de mi hogar habitual. Aunque lo intenté no pude quitarle la mirada mientras me fue posible. Ella, en un estado de reflexión detenida, tan irreal, misteriosa y hermosa como la princesa prometida en un castillo olvidado, observaba el horizonte; entonces me miró con detallada pausa, como quien distingue una silueta en el extremo de su campo visual. Ni un saludo, ni una sonrisa, algo suficiente para mí ese día. Los siguientes se llenaron por casualidad de diligencias que me exigían pasar por aquel lugar. Cada nuevo avistamiento armaba un rompecabezas de preguntas que su imagen no resolvía, su misterio perturbaba el sueño. Las miradas resultantes implicaban que yo no le era tan indiferente y pronto se volvieron sutiles como si mi sentimiento no le fuera ajeno, ni extraño, llegué incluso a pensar que salía al balcón a esperar la mirada de rigor; pronto aparecieron las sonrisas tímidas, nada especial en realidad, como quien al fin se distingue con un vecino.

Los días se fueron acumulando en el calendario, de nuevo el año nació; en realidad nada cambió: la gente suele embriagarse y llorar diciendo, ¡feliz año nuevo!, pero al día siguiente el sol es el mismo, en fin. Yo tenía una ilusión creciendo más que mi estatura, en contraste con un verdadero reto de valentía. Aquella mujer extraña cuyo nombre solo podía opacar el misterio que suscitaba, despertaba en mí un suspiro febril, una ambiciosa empresa y la carcajada de mis más cercanos amigos. La tarea no era fácil; me conformaría con escuchar su voz, pero antes tenía que abordarla, conocerla, poner

en palabras lo implícito pero... ¿Cómo? Las posibles respuestas me hacían temblar; no es una metáfora, o sonrojar en su defecto. Así llegó el día. Por alguna razón en mi cotidiana ruta, muy frecuentada en los últimos días, la encontré afuera del edificio con unas inmensas cajas que, o estaban vacías o la protagonista gozaba de muy buena fuerza. La percusión de la sangre rodeando mi pecho y su disimulada actitud de espera me anunciaron lo que era inevitable: la excusa estaba dispuesta, el escenario estaba listo, estaba yo caminando, estaba ella esperando. ¿Qué me falta?, esta vez era su mirada la que se detenía en mí, pero yo era un caos de pensamientos. Trataba de articular mi bipedalismo para no tropezar. Qué difícil es caminar, justo en el momento en que me decidí a decir: –Perdón, ¿te ayudo? –ya había pasado por su lado unos diez pasos sin mirarla, tan cerca que alcancé a percibir su loción de vainilla... sin detener mi marcha, volví la cara atrás y su expresión marcaba una cierta frustración. Fui cobarde, bastante tonto, luego entendí que cada autor es víctima de su época, no sé si me justifique la edad o la historia, pero ese día me sentí limitado e incapaz.

Reflexioné largo tiempo; me di ánimos, pensé en los sublimes detalles y después de un dilatado monólogo me decidí a enmendar el error al caer la noche. Dispuesto a arriesgarlo todo, compré un chocolate de los finos, me vestí para la ocasión, fui en aquella conocida dirección que significó un medio para alcanzar un fin. Ahí estaba, el gris edificio colosal e indiferente, el primer tropiezo llegó con la ausencia de la mujer culpable en el balcón donde solía verla. Debía ofrecer más de lo que podía, decidí como por inercia tocar el timbre; a menudo hay actos de valentía que salen mejor si no se piensan, piso tres interior trescientos uno. Mis pensamientos se agolparon uno tras otro, la claridad del qué decir si me abrían, fuera ella u otra persona, se diluían ante la sola posibilidad de que al menos abrieran, pero nadie lo hizo ni se asomó al balcón. Toqué una vez más: piso tres interior trescientos

uno y de nuevo mis temores se pusieron en juego, pero en efecto nadie se atendió. Una tercera vez, pues ya me lo había jugado todo, piso tres interior trescientos uno. En el acto, una no muy atractiva señora del cuarto piso me dijo en un sin número de vocablos que el apartamento del piso tres estaba desocupado justo desde aquella tarde. Dije gracias entre los dientes, mientras activaba mi bipedalismo. Frustración, soledad, el buen sabor de un chocolate fino y el olvido; no es necesario agregar que no volví a verla.

VI

*

*...Solamente que no estás y el tiempo
pasa lentamente, estoy loco porque
vuelvas hace tanto que te fuiste,
no te irás a enamorar allí,
lo prometiste.
Alejandro Sanz*

–Aló.

Era ella al otro lado de la bocina.

–Hola, ¿cómo estás?... este... ¿es cierto que te vas hoy mismo?

Era yo, al otro lado de la ciudad. El saludo atípico propio de una situación de impotencia marcada por la sospecha de algo angustioso que ingresaba a la realidad condicional de un adolescente para quien los amigos y los dibujos animados eran formas de burlar la cotidianidad. Ella tardó un poco en contestar y luego con algo de zozobra me confesó que sí, que en efecto eran ciertos todos mis recelos. La fatídica mañana de aventura se deslucía de posibilidades para las que no tenía el tiempo, ni las posibilidades de adaptarme. Luego dijo:

–Ven pronto, antes del atardecer, tengo que verte; te he estado buscando desde ayer en la noche.

–Está bien, voy para allá –le contesté.

–Te quiero –agregó.

Inusitado. 43 kilómetros de carretera, tortuoso transporte público y un atardecer en jaque por la lluvia me separaban de mi primera gran historia de conquista con final emotivo, en medio de un plan de campamento con un grupo de amigos ajenos al acontecimiento revelado por el teléfono rojo de monedas grandes amenazadas por la devaluación. Ella partiría en contadas horas al arrogante territorio norteamericano al igual que tantas personas, quizás para siempre. Me ocultó su viaje hasta el final, como una forma de prolongar la quimérica ilusión de compañía. Yo sospechaba en sus silencios un adiós camuflado, justo el día de las aventuras. Obstinado, colgué el teléfono rojo de monedas grandes y emprendí mi regreso; el reloj corrió muy rápido y el bus... muy lento.

Entre otros muchos obstáculos que solventé con un éxito dudoso, logré estar justo a las seis de la tarde junto al garaje blanco de la casa color almendra; sin embargo, no necesité tocar la puerta para darme cuenta de lo inevitable. Ella se había marchado sin un beso de despedida. Frustrado por la noticia, cansado por el viaje, caminé las escasas tres cuadras a las que estaba mi casa, ¿cuántos países ya entre nosotros? Cual si fuera inevitable recordé...

Yo era entonces un muchacho con algunos vacíos en la personalidad; ella era la gloria... mi gloria personal. De hecho, Gloria era su nombre. Supe de ella por primera vez al mirarla de lejos; venía en la dirección opuesta a la que acudíamos nosotros. Nosotros éramos un grupo de amigos; muchos de ellos coincidirán en distintos relatos e incluso en el campamento referido al principio de esta narración, que en este momento cronológico de la historia aún no se ha realizado y por lo tanto no importa. Uno de los tres individuos que me acompañaba empezó a hablar de ella con discreción; exaltaba sus ojos como los más bellos del pueblo. Me pareció algo inmoderado pero guardé silencio, al igual que los demás cuando pasó por nuestro lado sin levantar la

mirada, concentrada en las piedras de la acera sobre las que saltaba juguetonamente, traía un buzo azul oscuro y los labios rojos evidenciaban que el bombón en su mano derecha le pertenecía.

Poco o nada pude apreciar en función del comentario de mi amigo. Luego por casualidad, si es que tal cosa existe, volví a verla esperando en la estación de transporte público. El compañero del buen gusto me acompañaba y sentenció:

–Mira la niña de la que te he hablado.

Esta vez sus ojos de un color claro profundo, quizá ambarino melancólico, se dejaron ver, y con humildad le di la razón a mi amigo, sin notar que nos cruzamos la mirada un grácil momento.

Pronto llegaron las fiestas de mi pueblo en las que la gente sale con su vestido de domingo justo el sábado en la noche y asiste masivamente a la plaza central en la que un artista de tercera, se exhibe de la mano con los políticos tradicionales en un improvisado tablado; pues bien, inmerso en la “comunidad” y sin confesar estar aburrido, veía sentado caer la noche. De repente volví a verla en un grupo cercano de ocho adolescentes fingiendo ser adultas, lideradas por la hasta entonces poco interesante Sandra; compañera del colegio a quien en este día le procuré un festivo saludo tras el cual agregué con sospecha:

–¿No vas a presentar?

Acto seguido conocí un sinnúmero de jovencitas sin importancia reservando para lo último la expectante mirada que desde un principio estaba detenida en mí. Gloria sería el único nombre que recordaría después de tres minutos.

Algunos pasajes de la noche son confusos, seguro absurdos, pero logré

una exclusiva donde los artistas, en el tablado improvisado, aún se escuchaban, más no importaba; la invité a algo y no me pidan explicaciones a mí; pidió un mango, suspiró el presupuesto del adolescente romántico en el contexto de un pueblo. La noche fue el tema de diálogo y yo la detallaba mientras ella miraba las estrellas señaladas. Era hermosa y lo sabía, una cualidad femenina de alta peligrosidad; era amplia en sonrisas, reservada con su vida, justo cuando me acostumbraba a su presencia. Ya la fiesta era cosa del pasado. Uno que otro borracho deambulaba sin equilibrio. Las demás amiguitas excepto Sandra ya estarían en su primer sueño. Sandra la esperó en algún lugar por donde sería obligatorio pasar. Gloria se fue sin volver su rostro atrás y yo me marché con una servilleta en la que de su grafía detallada y comprensible, dejaba un número de teléfono. Procuré no desesperar, deje pasar los días en los que constantemente la recordaba, aunque los recuerdos eran tan limitados que tenía que compensar con imaginación. Una semana después de las fiestas me decidí a marcar el número escrito en una servilleta, su saludo fue: ¡Qué milagro! Expresión bastante popular en mi pueblo, que en este caso revelaba cierta esperanza.

Quizás fueron solo dos llamadas en las que hablamos de banalidades propias de la edad, para que su rastro desapareciera con la misma fugacidad con que ingreso a esta historia, la servilleta también desapareció. Un consuelo me daba la tranquilidad de contacto, ella tenía mi número telefónico, pronto me di cuenta de que esto no era suficiente. No llamó, tampoco la encontraba en los espacios donde apareció como un fantasma, pero recuerdo una certeza de mejor tamaño que el consuelo; la historia tenía aún secretos por revelar, cosas por decir, caminos por recorrer.

VII

**

La memoria de un recuerdo es tan singular como inventarlo a cada momento; así, en la abstracción típica que me cedía el ocio, pasaba mis días de escolar bachiller no brillante, en la opacidad de un sistema que también dista mucho de serlo. Recordar a Gloria es una mezcla particular de deseos, necesidades y momentos, estos últimos, los menos épicos. Un vestido oscuro establecía sus límites a la altura de la rodilla, sutil cintura con certeza de movimiento al compás del bullicio desentonado en brillos que para entonces eran música, los ojos mencionados por el amigo; esto era lo único que se vanagloriaba de configurarse en recuerdo.

El tiempo me había fortalecido en el capullo de un grupo de amigos, no muy selecto pero sí muy restringido: los Gánster nos hacíamos llamar con el desdén adolescente que se defiende en orgullo; aunque los profesores no eran tan generosos en apelativos al denominarnos “El cartel de ocho B”, o si el temperamento estaba menos febril simplemente: “Vanegas y su combo”. Poco antes de completar un año de las fiestas de mi pueblo, volví a verla. El encuentro, o si he de ser más preciso con la rigurosidad de las palabras, el avistamiento, se produjo una fría mañana de vacaciones, cuando, acompañado por dos de los colegas referidos en el grupo y en función de hacer deporte de trote intermitente por las estepas mal pavimentadas de mi pueblo, mi sentido esfuerzo encontró su recompensa.

De lejos contemplé una niña vestida de negro acompañada por una se-

ñora sindicada de ser su madre, nada extraño en el pueblo, ya lo he descrito: hay muchas niñas que al tomar el transporte las acompaña su madre; sin embargo, con el paso rápido la niña se configuró en la bella mujer que motiva esta historia y la señora acompañante, presunta madre, resultó en efecto ser la madre, pero es un detalle de inferencia que solo fue verificable por método científico muy posteriormente. Aunque no tuve tiempo de indagar dada la centellante mirada de la culpable, eventualidad que redujo a cero la posibilidad de un saludo. Ellas esperaban un taxi, lo supe en el post estupor de pasar por su lado con una mirada medrosa que nada tenía de conquista, sino de curiosidad, luego la mirada cálida y coqueta a través del cristal trasero de un Chevette de singular color amarillo que pasó por nuestro lado y se perdió por el camino que más lentamente trascendíamos. Nuestros ojos intercambiaron una melancolía que se expresaba en la imposibilidad, de la cual me costó salir por unos días. Desde aquella mañana, su recuerdo se hizo más abrumador, yo solo pensaba en su mirada alejándose de mí, como un símbolo del porvenir.

Otra mañana no muy posterior al avistamiento, caminaba desprevenido por la ruta que llevaba a mi casa, distraído como ejercicio de la costumbre. Del extremo derecho de la calle escuché un particular sonido y antes de volver la mirada en dirección al epicentro del silbido ya sabía que era ella; mas no aminoré el paso y la saludé con naturalidad fingiendo poco interés. No podía atravesar la calle arriesgando mi vida cual suicida como en efecto lo exigía mi cuerpo, o aventurarme a un tropiezo que quedara instalado en la fase de conquista. Su expresión seguía siendo la misma, su cabello negro artificialmente ondulado en la frente, un rostro de ángel de un pálido marfil iluminado por los bellos ojos de un claro ámbar, casi verde; como la luz de un faro en la espesa niebla; su cuerpo despertando del capullo del resguardo infantil adornaba la columna de un corredor color ladrillo de una casa que

fuera de esto no tenía nada más de especial que se pudiese describir, excepto que ella estaba acompañada por alguna otra niña lejana distinguible de los descansos del colegio.

Ambas me saludaron con alegría; yo creo que fingí prisa pues después de saludarlas su expresión se opacó como un ocaso. Sin mirar atrás, aunque en realidad me costó, continué por el sendero que sin muchos rodeos me llevaría a la seguridad de mi casa. En aquel corredor color ladrillo, en el de más arriba, en el del frente, en el del lado del frente, volvería a verla un sinnúmero de veces. Después de ese día, había regresado... no sé de dónde, pero había regresado y pretendía quedarse.

VIII

La aureola de misterio que envolvía el capullo de la rosa, empezó a desvanecerse mientras sus pétalos se abrían lentamente. Con el paso de los días la imagen de Gloria se iba enaltecendo y la magia de los primeros encuentros fueron un cotidiano pero esperado cruce de miradas al atardecer, mientras se deslizaba entre los alumnos del colegio hasta la verde puerta que era el ícono de la ansiada libertad al finalizar las clases. La noche se anunciaba en el cielo, el sendero entre el colegio y mi casa se alteraba en la fluctuación de una cuadra en la que casi todos los días, con excusa o sin excusa nos encontrábamos. La casualidad enaltecía el inefable sentimiento. Supe por aquel entonces que Gloria era hija única de un matrimonio poco exitoso, su padre residía en los Estados Unidos y su madre –de quien había heredado sus ojos, trabajaba todas las noches. Para ahorrarr perspicacias, diré que no sé en qué.

Siendo hija única, era natural que su soledad nocturna se menguara con amigas de diversos tipos, colores y tamaños; yo sin proponérmelo invadí ese espacio, a su vez ella invadía el mío y pronto nuestra improvisada amistad se convirtió en un loable intento de noviazgo. Yo la visitaba y era común encontrar un grupo de amigas en su casa. Cuando la casualidad nos regalaba

una intimidad no dispuesta, nos abrazábamos mucho tiempo con un temor emotivo, nos besábamos con un esfuerzo por ocultar el deseo manifiesto en el cuerpo y la imaginación y solíamos bailar con el vaivén del abrazo el disco “Vivir lo Nuestro”, muy popular para la época, del cantante Marc Anthony a dúo con la India. Había por lo menos dos verdades en la letra de aquella canción, la de: “soñar a tu lado que nuestro amor es eterno”, sobre todo lo de soñar, además de un suspiro final que dice “llévame contigo”. Lo que quizás les recuerde donde empezó este relato.

Ella solía decir que yo lo arreglaba todo con un beso y por ser el orgullo de mi amigo —el del buen gusto—, también debía dedicar al menos tiempo suficiente a la edificación de amistad que habíamos logrado los Gánster. Para lo único que nunca había turno era para el estudio, era el reproche de mi madre; pero Gloria se quejaba de que yo era descuidado, no precisamente con el estudio, sino con ella. Después de unos meses de apacible victoria al destino las cosas giraron sorpresivamente unos 90 grados cuando menos, siendo un poco observador no metódico para la época, era evidente que Gloria era una mujer extraña, quizás demasiado simpática con los demás hombres, pero nosotros no teníamos cuestionamientos de ese tipo. Pues ocurrió un día que según ella, producto de mi descuido, empezó a salir con otro chico; él era mucho mayor que yo, pero sobre todo, más acomodado. Ella no se importunó en darme una explicación acertada con ayudas didácticas o palabras elaboradas; ni siquiera a través de una carta y más bien delegó en alguna de las menos atractivas amigas —competencia difícil—, tan importante tarea.

Los días de inicio en el despecho estuvieron marcados por la compañía de mis amigos, lo que en síntesis alivianó la carga. No puedo negar que había momentos de profunda tristeza, pero no fueron revelados ni siquiera al público más cercano; siendo un poco masoquista esos días no duraron mucho. De alguna manera las cosas entre Gloria y el chico no funcionaron

y aquella niña de ojos claros ambarinos y delicado talle celestial volvió a buscarme una tarde con el brillo de fresita en sus delgados labios. Las posibilidades de una negativa estaban estadísticamente nubladas. De nuevo los días se colmaron de encuentros, de largos abrazos en el vaivén de la música, de risas e improvisadas salidas, de cartas, de muñecos, de credenciales y de caricias que anunciaban que los niños ya estaban en un desierto turbulento e indiferente que rozaba la lozanía de la adolescencia con todos sus efectos. Un día en mi propia casa mientras escuchábamos el grupo argentino Vilma Palma, me dijo que quizás se marcharía a Estados Unidos por decisión de su padre, que ese día no distaba mucho en tiempo aunque no lo sabía. Con cierto vértigo evadí el tema; mas el pulso del adiós se hacía latente en el expedito transcurrir de los días. En una semana de perfecto equilibrio se estrecharon los lazos del afecto y la curiosidad en un sentimiento sin nombre que en el amor primario confundimos.

Una realidad adyacente también evidenciaba cierta crisis; el grupo de amigos que he mencionado durante este relato y logró su época dorada en simultáneo de este sentimiento, también fue golpeado por la adolescencia y la academia. Cuando fue necesario asumir responsabilidades yo quise salvar a los Gánster. En uno de esos días de mitad de año que traen el sol como incorporado, decidimos salir en plan de aventura; nos despreocupamos de una clase a la que por supuesto no asistimos, y marchamos en dirección al norte de mi región, unos 43 kilómetros de invaluable paisaje verde, cual pradera de un pesebre, solo por conocer y exaltar lo entrañable. Como el plan no incluía novias, amigas, amantes u otras, Gloria ignoraba mi paradero, pues yo temía a su reiterado reclamo de descuido, que según ella, tenía epicentro en mis amigos y fue precisamente uno de ellos quien en una total falta de tacto mencionó, con la boca llena de un pollo mal servido, por mi parte poco disfrutado:

—¡Ah! Mauro, creo que Gloria se va hoy de viaje —yo lo miré con cara de factura, él continuó como en son de excusa: —Ayer me la encontré, te estaba buscando como una loca. ¿Para dónde es que se va?

Yo no intenté una respuesta; me levanté del picnic con la presa de pollo intacta. Sé que me hicieron sombra algunas risas, la rápida desaparición de la presa y en el teléfono público más cercano marqué por última vez el conocido número telefónico del garaje blanco de la casa color almendra...

—Aló.

Era ella al otro lado de la bocina.

Lo demás ya lo conocen. Excepto...

IX

Después de aquella tarde, caminado en dirección a mi casa recordé palmo a palmo la historia de amor adolescente que sentenció el destino en una jugada final, un jaque mate que solo hasta hoy el polvo trae bajo la forma de las palabras. Ella nunca llamó quizás porque no perdonaba mi abandono el día Z de nuestra historia. De alguna manera yo tampoco deseé que lo hiciera. Mis amigos también se marcharon; de a poco el clan se fue desperdigando como los secos pétalos de una rosa marchita por efecto del tiempo. Una soledad vengativa y vanidosa me absorbió en otro modelo de vida.

Pasarían cerca de dos años y medio para volverla a ver. Esta vez sí pro-

meto al lector que es el final; debo confesar que me asusté a más no poder cuando la vi en dirección a mi casa; esbelta mujer de anchas caderas, piel clara, con los ojos indemnes y la sonrisa sugestiva que algún día le había reconocido en medio del bullicio rural en el que la vi por primera vez. Me asusté precisamente porque otra, o si la confesión vergonzosa me es permitida, otras, ocupan su trono. Después de un detallado abrazo, la sorpresa mutua nos hizo presa; ella dejó sentir con humilde crueldad que no volvía por mí, quizás porque fue intuitiva en interpretar que yo no la había esperado. Tampoco lo había prometido, pero, ¿acaso es necesario prometerlo? Sus pocos días en el país, supongo, fueron de una total decepción para conmigo.

Una de las mujeres con quien compartía amistad e intimidad durante el tiempo del regreso y cuya fábula no merece página en esta trama, entera-da del lugar de Gloria en mi historia, sintió la presencia de la prevención; entonces la resistencia de su regreso la llevó a acercarse a Gloria, solo con el objeto de relatarle todo lo que de nuestra acaecida relación sabía, incluso un bello momento íntimo en aquellos años de *Vivir lo nuestro*, en el que por vez primera la desnudez me premió con su representación. Un recuerdo que todavía deja su huella en la imaginación quizás por la primigenia experiencia, fue el día en que la intimidad nos dejó llegar más allá de la piel, y la ropa pasó al lugar del remordimiento; un recuerdo que no sé por qué vine a compartir precisamente con quien estaba en menos condiciones de entenderlo, y que fue destrozando el relato de tal manera que derivó en poco menos que un chisme, lo que indignó a Gloria en mi contra, contra lo que fuimos, contra lo que pudimos ser y una vez más, sin que yo lograra evitarlo, partió rumbo al norte, a ese territorio áspero del que nos llega tanta basura.

Desde entonces el mundo ha cambiado; yo abandoné aquel pueblo de aire puro, el caos ha invadido esa arquitectura colonial dejando en su calle un gris creciente con sabor a polvo y a nostalgia. Mi casa, esa, ultramarina y

de amplios corredores, de columnas y ventanas grandes, hoy la han cubierto con forjas, matizando su color caramelo, por un pálido color frío, y ya no es mi casa. Hace poco tiempo al pasar por allí, quise ver de nuevo el espacio donde se engendraron mis traumas. La actual señora de aquella casa, con recelos me dejó entrar con el patrocinio de algunos vecinos que intercedieron por mí. Mientras miraba el amplio patio con un patético silencio, la señora me preguntó el nombre con curiosidad, ante mi respuesta, comentó con tranquilidad:

–Hace pero tiempos, una muchacha blanca y alta estuvo por aquí preguntando por usted, que si yo sabía dónde vivía, que para dónde se había ido, y cosas así.

Yo le pregunté: ¿de ojos claros?

–Sí, eso fue hace como dos años –me dijo.

Dos años para entonces; hoy hace más de una década que no sé nada de ella, no sé si me perdonó, si me extrañó, si aún me recuerda o al menos si se acuerda de ella misma durante su adolescencia. La única certeza que tengo, también la más cruel, es que, esta vez sí fue el final de la historia; un final agri dulce, más agrio que dulce, en fin, eterno.



X

*

*...tienes de las cosas del primer
amor que nunca se olvidan.
No quiero morir sin volverte a ver.
Kjarkas*

Los siguientes relatos retoman un momento de la historia que providencialmente ya ha sido tocado, pues aunque procuré ser progresivo, hay momentos en la vida que no respetan ni el orden ni la lógica. Luego de que mi grupo de amigos terminara por extinguirse en la condena insuperable, siempre sufrible de abandonar la adolescencia; con un monto costoso que es la soledad e incluso el olvido, todos nos empezábamos a desperdigar como las hojas de un árbol seco, siguiendo rutas inciertas a merced del viento de turno; la estocada abrupta, se configuró en una tragedia para la cual ninguno había tenido tiempo de prepararse. El grupo había sido liderado por un sujeto de extrema simpatía, su nombre retumba triste en los laureles de este texto que por momentos ha pretendido ser divertido; Yeison era su nombre. En su momento llegó a ser mi mejor amigo sin esfuerzos de afecto; pero fue asesinado en respuesta a preguntas que aún no tienen solución, al parecer envuelto en una riña de celos que lo tomó inocente y lo abandonó víctima; dura lección para un joven de recientes 15 años, duro contexto para ser joven. Desde entonces me refugié en una angustia solitaria y a menudo triste; luego encontré hogar en la literatura y hallé una trinchera, hasta que los días de colegio anunciaban su cercano término. No hubo fuerza humana para

volver a reunir a los Gánster; hoy todos son adultos de distintas características, con una entrañable historia en común.

Tentado a un “*Hoy he querido hablar de amistad*”, retomo la línea pseudo-romántica que nos trae hasta aquí. Hacia mediados del penúltimo año de colegio, una soledad abrasadora había terminado por envolverme; muté del joven de risa contagiosa a un aburrido responsable. Algún día perdido en los archivos de la memoria en el espacio cotidiano del descanso de clases, disfrutaba de algún libro de Shakespeare cuando al levantar la mirada tratando de atrapar un arquetipo del gaélico antiguo, noté en los tantos rostros de la entropía de un descanso de colegio oficial de clase baja y media baja los ojos de una joven sonriente. No era la primera vez que me miraba; sin embargo yo aún no había considerado la tentativa de otra conquista, otro fracaso, otra historia, otra anécdota; suficientes elementos para decidir lanzar el ancla a la playa y navegar en aguas tumultuosas, una excusa que me volviera el puerto al mundo.

Los atardeceres doctos que se colmaban de miradas casi al borde del saludo, se volvieron cada vez más deseados. El día en que la abordé con aire imponente, en el corredor donde se encontraban dos galerías de escalas, por una venía ella, por la otra descendía yo. Pasé por su lado y tomé una decisión casi impulsiva; el pasado me había demostrado las desventajas de dejar pasar las oportunidades vueltas contexto. La tomé de la mano, le pregunté su nombre cordialmente, luego agregué: es para un amigo.

El toque de seguridad no ayudaba, ella no me creería, luego contestó en su habitual sonrisa: –Maryeni. Todo el elaborado plan se fue al piso con aquella palabra. Ella siguió su ruta inversa a la mía y pude notar lo bien que le quedaba el estricto uniforme escolar. Cuando se perdió en las galerías del último piso, ya no recordaba su nombre –¿Cómo dijo? –bueno, pensé... no

importa; la próxima vez le solicito el número de teléfono. ¿Por quién pregunto? No; mejor le pregunto el segundo nombre, pues no gano mucho con el apellido... en fin. Aunque se llamara Clodomira era para la época la única mujer que me cautivaba, así que di un paso contundente.

Algo le escribí en una suelta hoja de cuaderno; consigné en ella palabras que nada prometían, nada negaban y ahora que lo pienso el carácter fue tan ambiguo, que bien pudo no haberse escrito; solo decía que quería conocerla, que me parecía agradable, algo así. A la espera de la salida del colegio cuando contados minutos nos separan del absoluto de la noche, la vi salir en medio de una multitud adolescente de la cual yo era parte. La seguí hasta donde el caudal de jóvenes se diluye como los brazos de un río en verano; solo quedan delicados hilos de agua en esa ruta fluvial que llevaba a ella. Seguía yo sus pasos. Ella inconsciente, acompañada por estudiantes que coincidían en grado y edad, sintió en el cálido roce en su mano derecha, un objeto ligero que de mi mano pasaba a la suya. Con un gesto elegante sumado a la distancia cortante, atravesé su posición sin siquiera mirar atrás; seguí de largo impune. Un plan realizado a la perfección, excepto por el delatador suspiro adolescente que me puso en evidencia frente a las mencionadas estudiantes.

XI

**

Al día siguiente los detalles la ataviaron en gran medida, se veía más bella que de costumbre, un síntoma de importancia que comunica en el cuerpo el éxito de una estrategia de conquista. Me buscó al final del descanso, me saludó con una timidez evidente en el carmesí de sus mejillas, su sonrisa natural expuesta en delicados labios delgados, enmarcaban una belleza de rasgos nativos, cabello oscuro y llano, nariz pequeña, grandes ojos de color café expreso con brillo boreal; el atardecer parecía reclamarla. Voluptuosa silueta cuya timidez negaba cualquier invitación concupiscente, sus manos frías se cerraban sobre las mías con una corta carta que contenía su respuesta: más directa, más detallada, tanto que opacaba mi elaborado intento de epístola. Una hoja de esquila escrita sin la sombra del afán me confesaba que yo le era interesante y llamativo, aunque expresado en muchos adjetivos cautelosos que simplifiqué de tal manera, también escribía que el tiempo de espera para el encuentro ya era significativo, pero no he descrito la mejor parte, anexaba un número de teléfono y su nombre escrito en letras arábigas.

Los días contiguos son como imaginamos: miradas sugestivas que declinaban con suspenso en una sonrisa, saludos que incluían un beso en la mejilla, la monotonía propia del amor colegial que es tan agradable recordar; poco era lo que encontrábamos para hablar y sin embargo yo la esperaba al final de clases y la acompañaba hasta el puerto de su transporte. Ella habitaba en una humilde casa de campo al occidente de mi pueblo; debía tomar un carro estrecho que pasaba cada 40 minutos y sólo funcionaba hasta las 8:00 p.m. así que el tiempo era reducido y se nos iba en un silencio patéti-

co e impenetrable. Pronto encontramos una liviana empatía en la música, lo que suscitó otro tipo de espacios. Acudiendo al formalismo propio del romance, decidí invitarla a salir a algún lugar que antaño había conocido con Gloria. El día pactado había sido frío, particularidad que cubre con un manto de tristeza a mi pueblo y verla llegar dispuesta a la noche tiritando por el clima, me obligó a incluir en la estrategia un préstamo de chaqueta, gesto caballeresco que siempre suscita complicidad y que se convierte en la excusa para el abrazo, para cubrir el frío de los dedos y otros pasos que se van descifrando. Con los rodeos propios de la inmadurez adolescente, aquel 28 de septiembre le presenté mis credenciales como novio en una propuesta inusual pero emotiva; ella dio menos rodeos para decir que sí con una sonrisa que le devolvió el verano al pueblo. Esa noche se quedó con mi chaqueta y con un recuerdo.

XII

Pasó bastante tiempo antes de que nuestros labios cedieran al primer beso; mi beso número N y su estreno en la experiencia de tal medio húmedo de comunicación interactiva, de modo que lo hice lento, placentero, sin anestesia y con una desmesurada ternura; fue tal la singularidad, que a partir de allí se convirtió en una adicta progresiva. Yo lo disfrutaba pues era una agradable forma de negar el silencio. En ocasiones, cuando por alguna razón no pasaba el último de sus transportes, subíamos caminando de la mano un poco más de un kilómetro de ininterrumpida oscuridad. Ella se aferraba a mis brazos buscando una seguridad que me era esquiva y llegué a ser el guardián de sus miedos, a menguar su melancolía, pero no siempre. Llegó el día en que la seguridad se estampó contra la curiosidad: siendo ya muy tarde de la noche en un alterno tratado de silencio a las afueras de su casa, mi índice derecho se deslizó por sus labios temblando en un genuino deseo hasta el estrecho sendero que se abría entre sus senos; un suspiro de finitud, pero luego un sonido que se precipitó desde el interior de su casa, rompió el acto con la violencia de una madre que reclama respeto por el sueño ajeno, y con la cordialidad de una hiena en acecho nos informó que ya era muy tarde, que el muchacho debía partir. El muchacho era yo y en efecto era muy tarde.

Maryeni me llevó a una cierta madurez en la conquista; me dio afecto, pero nunca comprendió que yo seguía solo a pesar de ella. Alguna noche de sábado clandestino, la arquitectura del destino me regaló un momento de

afecto casi eterno: cansada de esperarme en su casa color mate, de amplio corredor, se levantó del lugar desde el que vigilaba mi llegada y se marchó por un oscuro sendero entre dos rieles de improvisada carretera. Yo que llegué tarde incluso al día de mi nacimiento como pueden deducir, recibí las indicaciones de su ruta, bajé corriendo tras su rastro, y creo que donde el camino se tornaba más oscuro, la luz de la luna llena delató una silueta que hacia mí venía corriendo. Desde un principio supe que era Maryeni. Cuando por fin chocamos en un abrazo, me di cuenta de lo incompleto que era sin ella. Entre suspiros y lágrimas dichas me dijo alguien por primera vez en la vida: ¡te amo! Aunque lo sentí, lamenté no ser sincero. El bosque nos tentó como su invitación; allí olvidamos primero el mundo, luego el tiempo, después el pudor, por último la ropa. Sin reproches nos amamos, como dos presos de su edad, con melancolía y locura, con temor, temor a Dios, al futuro, al destino, al pecado de habernos conocido demasiado pronto para una vida que inevitablemente podía prolongarse, expandirse, bifurcarse.

Aquel lugar entre eucaliptos añejos se convirtió en una estación para nuestros sentimientos. Lo denominamos el “Cielo”; fue en efecto nuestro paraíso permitido, donde disfrutamos de la lluvia, el silencio y los besos que dejaban palpable lo inevitable. Nuestro futuro no era juntos, ambos lo sabíamos; sin embargo, nunca lo dijimos. Ella un día entró en conciencia de los meses de afecto alucinógeno, esperó una luna llena fría y me dijo con tranquilidad...

—Mauro es hora de despedirnos —después de un corto silencio agregó—. El año está por terminar y yo no quiero estudiar más; voy a entrar a un convento, gracias por los bellos momentos— y sin volver su mirada, sin preguntas, sin una persecución peliculesca cursi, se fue.

XIII

Cuando el destino se rompe con su promesa de futuro, el corazón inmaduro se carga de fatalidad. Esa extraña cosa que a través de la historia han insistido en llamar alma –de la cual no hay prueba científica; pero sobre la que persiste un asombroso poder poético–, se inunda de un dolor de fatiga: Maryeni y yo, una frase que se agotaba en la escritura, en la ilusión de proximidad y el vértigo del tiempo. En mí el deseo permanecía inalterable y la certeza de que ella no resistiría el claustro después de una temporada tras las rejas; encerrar a un ser inocente por coincidir en el espacio conmigo, ¿cuán culpable puede ser la muerte?

Su historia coincidió con el episodio final de Olga y el último retorno de Gloria, más otras singularidades que marcaron mi mayor decadencia como novio frente a alguien que desde cualquier perspectiva, no lo merecía. Aún con esa certeza, el día final de clases fue al colegio, me buscó cuando el ambiente ya anunciaba que se agotaba mi vida en la educación media, al menos en condición de alumno. Yo aguardaba en el salón de clases la llegada de algún compañero incumplido, ella llegó como si el tiempo no fuera un peso y aceptó acompañarme e incluso ayudarme a terminar un anuncio con no sé qué mensaje que era compromiso para el día de la graduación. El compañero por fortuna nunca llegó. Recuerdo bien el anochecer de un noviembre caluroso, su cabello suelto de intenso azabache, su rostro nativo siempre tentado a una sonrisa, su cuerpo esbelto e infinito como un mundo por descubrir con mi camiseta colegial, protección para el recuerdo o la pintura. Su belleza iluminaba la noche. Quizás estoy enumerando las razones que usé de excusa para decidir que no termináramos el anuncio.

Horas después llegó la graduación. El esperado día que me resolvía la existencia en la condición cesante que tanta angustia le daba a mi madre. Maryeni me sorprendió de nuevo; fue por ella y su largo vestido de seda fría que cambié a todos los compañeros e invitaciones de tan importante noche. Por última vez, la lluvia hizo estación en nuestros suspiros como un estado liminal del fin de nuestro rito de amor adolescente; esa noche dormimos juntos, acontecimientos que me reservo describir por la imprecisión del verbo dormir. Pasó un tiempo superior a un mes para volver a saber de ella. Un prolongado viaje me salvó de la rutina, y como todos, éste resultó revelador de mí mismo; ella se prolongó en la memoria. Al regresar la pensaba en ella intensamente. Justo antes de desempacar la llamé; su voz se encendió de alegría al escucharme, como una llama que arde antes de extinguirse. Entonces, su tono se apagó e insistió en que termináramos definitivamente porque me había sido infiel o algo por el estilo. Dejó la llamada en el suspenso de tantas preguntas.

A veces pienso que fue una mentira. Ella era tan sensible que para no representar un obstáculo en mi camino, siempre estuvo dispuesta a sacrificarse y entonces se alejó con la certeza de que si había una mujer para mi vida, no era precisamente ella. Una dolorosa confesión para ese momento, una compleja realidad para el presente. Hoy sé poco o nada sobre ella. En una mano puedo contar las veces que he vuelto a verla, intacta como si el tiempo en ella nunca hubiese pasado. Su recuerdo se inunda de nostalgia; tengo pocas certezas y una de ellas es que su nombre y el olvido solo fueron síntomas del inicio. No podré olvidar las noches frías en que a su lado sentía que si llovía o no llovía era por mi voluntad. Ella me hizo un héroe inderrotable, pero también un frágil humano; es la certeza de que su recuerdo, pase lo que pase, no me dejará.



XIV

*

*En estos días no sale el sol, sino tu rostro
y en el silencio, sordo del tiempo, gritan tus ojos
¡Ay!, de estos días terribles
¡Ay!, de lo indescriptible.
Silvio Rodríguez*

Tantas veces he contado esta misma historia que hoy bajo la forma de las letras empieza lentamente a morir, como un fantasma por fin atrapado. Ha pasado el tiempo desde el último relato; ya no hay pueblo, ya no hay colegio, ya no hay muchacho; yo era un joven, con una seguridad como armadura de una búsqueda que aún no termina; una serie de cambios se precipitaron sobre mi existencia y una vida académica en la educación superior marcó un nuevo nicho para la creación de historias.

Aunque he olvidado el mes, el año naufragó en la privacidad; solo diré que pasó hace tiempo. El día era viernes al atardecer, el lugar, el auditorio de un colegio desolado para un evento cultural; al menos aquí empieza. Los protagonistas: un joven líder de procesos sociales de una corporación organizadora del evento, una encarnación más que me permitió el tránsito por la existencia, un espacio al que llegué por azar y la protagonista aparecería en algún lugar de una larga fila de invitados. Yo tomaba los datos de verificación de asistencia cuando la armonía colapsó en el acto de escuchar su voz.

–Isabel Cristina –dijo, con la afinación esculpida por años de relación

con la música. Me sentí obligado a mirarla a los ojos y ahí estaban con la sublime nitidez que había aprendido a reconocer con los años: vivos ojos color miel, limpios como un amanecer de verano, delicado talle, labios delgados, nariz aguileña y un bello rostro imperturbable por mi reparo. Luego dijo detalladamente el número de su teléfono, era parte del protocolo de registro; sin embargo, no lo había preguntado y ella quiso alterar el momento quizás incómodo. Sospecho que interpretó como afirmación mi mirada de estúpido para continuar su ingreso. Para mayor sorpresa grabé su número de teléfono en mi memoria defectuosa en el universo de los números; no necesité escribirlo.

El evento cumplió con su promesa de ser monótono; creo haber pecado de imprudente con las miradas que me revelaban interesado; en medio de un público joven, ella parecía sola, reflexiva, pero sobretodo perturbadora. La tarde avanzaba sin encontrar excusas para hablarle. No era fácil saltar el espacio y enfrentar el tiempo; conocerla fue una meta trazada sin estrategia. Por más experticia que dé la vida, llega el momento en que una mujer pone en duda cualquier teoría sobre el cortejo; una barrera de temor se alzaba entre su posición y la mía. Tenía claro que mi mayor enemigo avanzaba: el reloj. Antes de terminar el programa, ella se levantó de su lugar dispuesta a marcharse. Precipité un pequeño discurso a los que me acompañaban, y con una excusa me lancé tras su rastro a las afueras del auditorio. Una vez allí y al final de un largo pasadizo, ella me daba la espalda con suficiente distancia como para detener mi marcha. Antes de salir completamente volvió su rostro; supongo que me vio en solitario, sospecho que advirtió mi intención. Su visible lenguaje corporal fue como una invitación, pero mientras procesé todo esto, había pasado el tiempo suficiente para que ella interpretara que en efecto no me iba a mover de mi estado de temor dominante. Entonces, reanudó su marcha.

XV

**

Por la influencia de las lecturas de la época, la tragedia griega me enseñó a pensar siempre lo peor, y por eso asumí que no volvería a verla. Aunque recordaba su número de teléfono, no me atreví a llamarla, era como una osadía. Para virtud del relato, llegaría el día dos de nuestro encuentro, justamente dos meses después; en un medio de transporte masivo con ruta a la universidad la encontré; al principio lo dudé. Me daba la espalda en el lugar de abordaje del tren. Me detuve en seco a escasos dos pasos de ella, disimulé la misma espera. En silencio contemplé su baja estatura, su piel blanca y el título del libro en sus manos, de cuyo recuerdo solo me queda la certeza del autor Jean Paul Sartre. Al ingresar al tren tras ella, decidí sentarme como estrategia justo en frente, ¿qué sería lo más adecuado en este caso, sentarme al lado o al frente?, creo que la última opción tiene más posibilidades de contemplación y el uso de la mirada puede ser una forma de candidatura a ocupar un lugar en la historia, como ya lo veremos. Con temperamento distante, disimulando la casualidad abrí el libro de Dostoievski que me acompañaba, levanté la mirada por encima del borde del libro y la descubrí sentada con su belleza mística concentrada mirándome. Al contacto con mis ojos esbozó una expresión que no permití derivar en sonrisa. Acto seguido me levanté para sentarme a su lado e inicié con una mentira, como el génesis:

—Perdón, ¿yo de dónde es que te conozco?

Con una expresión de alegría inalterable me recordó el auditorio en el

colegio, yo fingí sorpresa, porque después de todo no había pasado desapercibido. Las palabras fueron pocas, viajamos juntos. Resultó que estudiábamos en la misma parte, ¿quién lo diría? Tan solo 22.000 estudiantes y no la había visto antes. La elocuencia se redujo a esto: yo preguntaba, ella contestaba, y por momentos me sentí algo estúpido, pero luego comprendí que era una mujer de pocas palabras. Al despedirnos sonrió de nuevo. Yo me alejé con sostenidas acciones que solo un externo o un reflexivo pueden calificar de tontas, pero un impulso sorpresivo me llevó a volver en el acto, casi gritando mientras ella se perdía por las escaleras:

–¡Isabel, Isabel! –con rostro de pregunta miró desde el escalón final–. Es que me gustaría volver a hablar contigo, –le dije, como si hablara mucho.

–Me encantaría, hoy mismo si puedes –contestó ella. Adivinen qué contesté.

Las dos largas horas de clase se perdieron en dirección al misterio cóncavo de no prestar atención; el pensamiento trabajaba de manera limitada y el funcionalismo de Durkheim me era teóricamente esquivo. Aguardando el tránsito circular del segundero, hasta el final de la clase una expectativa espeluznante me hizo su presa, en fin. Regresé al bloque en el que había tenido clase Isabel; ella ya me esperaba sola en una mesa a esa hora del meridiano, con un sol cubierto por una espesa nube de sombras. Caminamos por lugares que ambos ya conocíamos por separado pero cuyo espacio entrópico se perturbaba levemente con su compañía. Yo mostraba mucho interés en encontrar alguna empatía entre ambos; era una carrera contra el tiempo de la caminata, pero su misterio me negaba cualquier entrada. Una ruta circular nos llevó de nuevo hasta el lugar de la salida, y cuando de nuevo estábamos a punto de despedirnos le pregunté con inseguridad: ¿qué piensas de mí?, ella redondeó adjetivos que se resumen en que le era agradable e

incluso interesante; luego ella preguntó exactamente lo mismo, así que me arriesgué a ser más específico de lo que había sido. Coincidiendo con la salida del sol de entre la niebla, los primeros rayos se reflejaron en sus ojos de una manera ilusoria. Esto me confirmó que jamás había mirado unos ojos tan bellos; así se lo dije. No con menos poesía pero con más letargo, sonrió halagada, dio media vuelta y se marchó sin siquiera un beso de despedida.

XVI

Ella apareció justo en el momento del advenimiento de la crisis, cuando la soledad es respuesta para todo; pero también cadencia. Isabel tenía una belleza solo equiparable con su arcano, que prolongaba sus silencios casi hasta lo insoportable. Fue ella quien me enseñó a callar cuando el lenguaje se hace insuficiente. Los días de fatiga académica en la educación superior se hacían moderadamente soportables por la sola expectativa de verla; sin embargo, su temperamento distante era una sólida sombra para mi esperanza. La estrategia que emprendí fue de un cortejo más elaborado, fluctuante, por momentos antipático. La saludaba con distancia, luego cada uno de mis pensamientos se iban tras ella; entonces solo podía volver a mí mismo con un lápiz, un papel vulnerado que se prestara para víctima de las negaciones de mi destino. Fue así como se gestó una obra por supuesto inédita que lleva por título: “*De sílabas, insomnios y otros cuantos desvelos*”, también un cuento llamado “*Esperanza*”, una canción sin letra e incluso el presente relato. De las escasas veinte veces que llegué a verla, me inspiró con un poder tal, como de evocación casi criminal.

Algunos meses de esa sinuosa calma de la conquista que se debate entre seguir las mismas rutas o buscar las casualidades, de reflexionar sobre las ventajas o desventajas, de levantar un teléfono y marcar aquel número repasado en la memoria, pasaron rápido; volvería a verla. Era un atardecer de septiembre, en el que compartía lectura con una buena amiga. Ella sí es escritora, yo aún lo intento. Estaba en pleno recital que se vio interrumpido por el aire perturbador que sigue a Isabel a cualquier parte; pasó caminando por nuestro lado, sonrió con malicia, continuó su ruta hacia el interior de la biblioteca general de la universidad como si el espacio pudiese ser el mismo después de ella. Mi amiga, con la sensibilidad que la hace escritora, no fue ajena a la reacción y con la intuición femenina que deriva del rostro de estupidez revelador de los hombres, preguntó:

—¿Te gusta esa mujer?

—No lo sé —fue mi respuesta—. Pero te voy a leer un poema recién inspirado.

Era un discreto párrafo en verso rebelde que escribí con afán en algún trozo de papel no muy bien presentado, que tras la aprobación de mi amiga, me exigió que debería entregárselo, a Isabel por supuesto. Aturdido, perturbado, con un efecto sinérgico entre la somnolencia pero también la ansiedad seguí su rastro, la encontré dándome la espalda en la colección de libros de referencia, mirando una inmensa enciclopedia; creo que de fluidos eléctricos y anticipándome a su concentración puse el papel en la página del libro abierto mientras ella daba la vuelta con sorpresa. Pronuncié unas cuantas palabras que rezan más o menos así:

—Te regalo un girasol si aceptas de nuevo mirar conmigo al sol, una azucena si te quedas para contemplar la luna llena, una vida entera si para conmigo tienes la suficiente paciencia.

De la difícil batalla en la biblioteca salí victorioso con un beso en la mejilla, el aplauso de mi amiga y por supuesto una próxima cita. Yo insistí en que fuera el día viernes de esa misma semana, e Isabel insistió en que anotara su número telefónico; yo presumí de saberlo cometiendo el error de dejárselo al misterio. Pues bien, llegaría el anhelado viernes: frente al espejo me engalanaba los últimos detalles y el girasol prometido que ya era deuda; me dispongo entonces a llamar al número que por memoria un año atrás me regaló aquel evento social-cultural que no tengo por qué volver a mencionar, pues la disposición se vio en la necesidad de durar mucho; en algún lugar de esta modesta ciudad cautiva de luces en un anochecer frío, un aparato de teléfono se cansó de repicar, un aparato de teléfono de la casa que fue antaño el hogar de Isabel. Aunque eso lo supe mucho después, una frustrante noche de primicia de fin de semana, me encontró sin novedad alguna, solo como ya era costumbre. El girasol se marchitó sin saber nada de su destinataria, con él mi esperanza se apagaba con temor cobarde y un sentimiento que sin interpretar permanecía intacto.

Tres meses después se sentó en la misma mesa en la que yo leía a Carl Jung; su gélido saludo fue una misma cosa con el reproche:

—¿Por qué nunca me llamaste?, me dejaste esperando toda una noche.

Su voz a pesar de la frustración tenía el tono armónico que modula la brisa y era tan dulce como si ésta en vez de partículas de agua, fuese de miel. Luego de capitular aquella noche de viernes, decidimos vernos al atardecer del día siguiente. El cortejo se repitió, el espejo, el girasol, el galán, el número de teléfono correcto, todo resultó cual lo esperado.

Día primero del encuentro esperado, prólogo de una historia inmutable en la imaginación, final de una mutua espera interpretada en la sonrisa de saludo. Ella ya me esperaba, jamás tan bella, jamás tan íntima. Aunque se-

guíamos siendo unos extraños, la noche resultó plácida, cómplice y sutil; el tiempo me había formado para momentos como estos. El beso de saludo era la afirmación de la cercanía, el ruido en el camino suscitaba proximidad, tocar su mano fue una prueba de simpatía, demorarme en su mano fue una forma de sincronizar los pasos, el diálogo se reiteraba en su círculo por llegar a la empatía. El paisaje de la ciudad favorecía; disfrutamos como niños de la inversión burócrata que aprovecha el excedente de energía hidroeléctrica para desecharlo en bombillos de distintos colores en una eventualidad irreal que llaman alumbrados y que adornan el último mes del año. Compartir un helado fue incluso una de las formas de la felicidad; su sonrisa empezaba a resultarme habitual, aunque su sigilo resultaba prolongado y los síntomas en su diálogo empezaban a florecer en la estrategia. Me confesó que se sentía segura a mi lado y me contó una que otra historia de la cual no recuerdo más que el movimiento de sus labios. En un momento, mientras mirábamos en una reciente oscuridad la ciudad, yo sin proponérmelo, también sin notarlo, no paraba de hablar: de Silvio Rodríguez, de Jorge Luis Borges, de mi hermana; el caso es que ella interrumpió con la prudencia que la autenticaba, poniéndome una mano en el hombro, con el tono de voz más femenino preguntó:

—¿Mauro, tú le temes al silencio?,

—No, ¿por qué? —me apresuré a contestar...

—Porque si no te callas, en qué momento nos vamos a besar.

Salvo una ocasión nunca más pasó, esa misma noche, pero no en ese momento; aunque bastó lo suficiente para toda una historia. Lo que sí ocurrió, fue que yo no tuve ni la intención, ni la devoción de pronunciar una sola palabra más en toda la noche. Fue excesivo de su parte, no porque me hubiese molestado, sino porque jamás lo hubiera pensado; cuánta razón tenía, tantos

años preparándome para este momento y olvidar una sutileza de la conquista como esta. Fue así como comprendí su constante contemplación, fue así como le perdí el miedo al silencio. Cuando ya la noche se moría para los dos a las afueras de su casa, en función de despedida, dijo con tanta ternura que ella aburría a un payaso, que me fue imposible no abrazarla con cariño; luego improvisé aminorando las palabras de Neruda: “me gusta cuando callas porque estás como ausente y te miro desde lejos y mi voz no te toca, mariposa de ensueño te pareces a mi alma...”, al terminar de mal recitar, la blanca luna nos revelaba una sombra al fin completa. El lector pensará que exagero, pero tantas veces he visto revelada la misma imagen exaltada en la poesía que me niego a ser objetivo. Entonces todo estaba dispuesto; lento como la velocidad en fuga del sol, suspiramos. Boca a boca nos humedecemos labio a labio. Cuando el beso terminó, ella se marchó corriendo. Me había dejado una sonrisa en la boca, una alegría que no cabía en mi cuerpo, una alegría que no cabía en la ciudad.

XVII

Todo parecía marchar tan bien, que la sorpresa valía el temor del despertar, sin embargo un fantasma de mi pasado conjugado en el presente, oculto por el brillo de Isabel se mostró en el eclipse anunciándome algo que no he revelado, que Isabel nunca preguntó y que yo quise ignorar. Yo tenía compromisos afectivos con otra mujer, era ella la doncella del largo sueño que en su letargo se olvidaba del mundo, también a menudo se olvidaba de mí, pero esta vez yo me había perdido en ese mundo, me había extraviado en mí mismo y cuando estaba a punto de desaparecer definitivamente en el universo paralelo de Isabel, despertó del largo sueño prometiendo fuego.

Confundido por el oleaje vengativo de la narración, con un sentimiento misterioso e indefinido cuya grandeza daba miedo, me decidí no sin dolor, a alejarme de Isabel; mujer cuyo silencio me ha movido a escribir. Cambié un puñado de alegría por una frontera conocida. Algunas palabras dispuestas por Isabel en conversaciones telefónicas sentenciaron la renuncia. Ella temía aferrarse de manera significativa a una persona. Sus palabras fueron para mí como una advertencia que antecedió la tormenta, un pacto con la desconianza. De manera que tomé una decisión que aún no me explico; opté por el ciclo del olvido, a cambio de una angustia apenas naciente. Nunca sabré si fue un error. Es de noche, y después de tanto tiempo cuando escribo por fin mi historia, me percató de los muchos años transcurridos desde la última vez que la vi; todos vividos sin su certeza, sin sus noticias. Hoy, de lejos, con cierta dosis de melancolía, dos o tres tragos de un vino añejo y sin lágrimas contemplo lo que fue un espejismo posible, una ilusión sin precedentes, una

historia bella sin final conocido pero aún me falta por terminar lo ocurrido en aquellos tiempos del olvido.

Luego de la renuncia aquel diciembre agonizante, volvió a comunicarse por teléfono.; siempre coincidía en hacerlo los viernes al atardecer, mientras caía la lluvia. Aun cuando se repiten las mismas condiciones espero su llamada, y me pregunto si pensará en mí. Para aquel entonces, en esas conversaciones objeté promesas de nuevos encuentros, me mostré indiferente e incluso indolente. Ella tampoco preguntó qué pasaba, pero conmigo dejó de manera lenta morir aquella expectativa posible. Me refugié en la literatura procurando sentido para olvidar y teoría para pensar. Corrió el tiempo como en la historia en una suerte de replay, vertiginosa y cruel. Tuvo que pasar casi un año para volver a verla, esta vez perturbando mi descanso mientras dormía; una serie de sueños se precipitaron con su presencia. En todos ellos su silencio era inquebrantable: la veía al final de una espesa selva, después de estar perdido, con una súbita actitud de espera. La veía levitando entre los árboles en la oscura penumbra donde su luz me incineraba. La veía entre mis brazos con un erotismo consumado.

Al despertar en esta realidad, luego de mucho meditar sobre los riesgos y miedos, me decidí a llamarla de nuevo; mi voz le fue extraña, pero al reconocerla fue enfática en decirme que estaba cansada de soñar conmigo. Una extraña coincidencia que yo leí como una señal reveladora de un lazo inevitable; pero, ¿quién diría que las cosas cambiarían en tan poco tiempo?, entonces ella era una mujer bastante ocupada, algo distante, quizás evasiva por venganza o por el mismo hielo que tanto me costó romper. Lo que tenía claro es que me quedaban cosas por hacer, palabras por decir, secretos por confesar y sentimientos cansados de esperar a riesgo incluso del rechazo. Diseñé entonces un plan de conquista: situaciones, momentos, cartas; cuatro en total que derivarían en mi revelación y su retorno.

Todo inició un lluvioso trece de diciembre. Al anochecer la busqué en su lugar de trabajo con una carta en la mano y un excusa en la cabeza: carta de invitación para un nuevo evento sociocultural X que no importa porque por su puesto era solo estrategia; pero las cosas no salieron cual lo esperado. Esa fue la última vez que hablamos y la penúltima vez que la vi. La segunda carta fue en el mismo lugar: un acreditado supermercado en la caja decimo-cuarta. Ella era cajera. Camuflado en la fila de clientes le entregué un ramo de girasoles, unos chocolates con la segunda carta. Isabel empezó a empa-carlos desconcentrada mientras recibía el dinero, yo la desperté del letargo:

–Empácalas como quieras, igual son para ti –le dije.

Ante su sorpresa me marché sin explicaciones, sin mirar atrás. La tercera entrega quizás la más poética y sincera, era casi una elegía. La dejé en la puerta de su casa con una azucena, con la complicidad de su madre. Para entonces ya todo estaba consumado; yo lo sabía desde aquel adverso trece de diciembre que no me apresuro a contarles y del que ya sabrán a su debido momento. La cuarta entrega, también la última carta, casualmente reposa en mis manos a punto de ser devorada por el fuego. Es viernes, afuera llueve. solo una llamada podría salvarla, pero “la esperanza es como la sal; no alimenta pero da buen sabor al pan”, como diría Saramago. Nunca la entregué, es lógico; el proyecto inicial se fundaba en el supuesto de que Isabel algún día la iba a reclamar, pero no es una novedad que mis planes fallen. Ya es de noche, ya no espero su llamada, los años pasan. A veces muchos son suficientes para olvidar. La carta se consume en una llama festiva en la que desaparece la última entrega, la última pieza del mapa que la traería hasta mí, se perdió o la perdí. En fin qué más da.

XVIII

APOSTILLAS DE UNA HISTORIA CORTA, BELLA Y TRISTE

Trece de diciembre de quién sabe qué año. La lluvia no cesa, el reloj no para. Ya pronto serán las nueve de la noche. Antes de entrar al más importante supermercado de la ciudad, pienso en lo agresivo que es el capitalismo; no tienen lugar los discursos de resistencia política. Miro al cielo buscando la fe que perdí desde la adolescencia, una simple pausa para domesticar el miedo. Estoy triste, estoy empapado a la sombra del letrero de entrada con una carta en el bolsillo; a lo lejos contemplo la mujer culpable, ajena a lo tanto que ha inspirado, un saludo frío:

–Hola Isabel, aquí traigo la invitación de la que te hablé por teléfono; disculpa si está un poco mojada –hago entrega.

Palabras comunes al espectro del afán:

–Bueno, me marchó –complementé con fingido suspiro.

Hasta ahí el plan perfecto, pero, ¿qué es lo que he dicho de mis planes?

–Mauro –me tomó de la mano–, ¿por qué no me esperas un momento?, ya estoy de salida y te invito a un café en mi casa.

Una invitación que no me es posible rechazar, aunque con ella se vaya al piso todo mi elaborado plan. Acepté.

Ella me dejó momentáneamente; se fue leyendo la invitación a un evento que no existe, una invitación que repite la circunstancia, más bien parece una romántica declaración tardía.

Cuando regresó, su expresión delataba algunas certezas que antes no tenía. Bajo la lluvia la tomé de la mano y abordamos un taxi en dirección a su casa. Yo hice todo lo posible por evadir el tema de la “invitación”. A pesar de la evidente curiosidad ella me ayudó; detenía la mirada con una sonrisa cómplice con síntomas de melancolía. Una vez en su casa conocí a su madre, me presentó como: “Mauro, del que te he hablado”. La cordialidad de la progenitora la interpreté como representación simbólica en la existencia de Isabel, quizás por darme el ánimo que me faltaba para ese campo de batalla no pronosticado por el plan. Cuando al fin nos quedamos solos en la estancia, ella preguntó si podía volver a leer la invitación; yo asentí en situación de evidencia. El café estaba amargo, la lluvia era hermosa, y ella aún más; el silencio era de nuevo insoportable, los dos minutos interminables, las manos incómodas. Por fin suspiró mientras guardaba el papel, me tomó con dulzura, me condujo a las escalas que ascendían hasta su puerta, nos sentamos en un mutismo sin pactar; luego, preguntó con frío relativo al clima:

—¿Tú qué pretendías con esto? —señalaba la “invitación” que puso a su lado.

Me costó entender el sentido de la pregunta pero fui sincero; relaté una historia repasada en la memoria desde el día en que la conocí, lo que me hizo sentir, pasando por el auditorio, la estación del tren, la universidad y sobre todo mis sueños. Le dije que no sabía si la quería, que lo hacía solo por averiguarlo; un nuevo silencio, extravió su mirada en la cadencia de la lluvia. Luego, estalló en un reproche con tintes de lamento.

—¿Y por qué hasta ahora?, ¿por qué dejaste pasar tanto tiempo?, si tan

solo hubieras llegado con esta misma carta hace dos meses, no tendría impedimentos para averiguar si era amor lo que nos unía, pero... –respiró profundo–, ya es muy tarde, hace dos meses estoy saliendo con alguien, quizás me equivoque pero no estoy dispuesta a dejarlo por ti.

Contemplé el fracaso de mi plan. Había perdido la partida contra el tiempo. Cada error sucesivo tenía el suspenso de una decisión que debía aceptar; quedaban pocas cosas por decir. No escucharía más su voz. Un taxi apareció en la calle como una balsa para el naufrago; bajé corriendo desde el nivel y le dije al conductor que me esperara. Volví a ella despacio, derrotado; ella al final de las escalas ya no se escondía de la lluvia, y seguía con aquel papel en la mano izquierda. La derecha la tomé entre mis manos frías, la besé con ternura, la miré a los ojos color miel que insisten en volver a la memoria mientras escribo, húmedos; no se si por las lágrimas o por la lluvia y le dije:

–Eres lo más cercano a un ángel que yo he conocido.

Le di la espalda y me alejé corriendo dispuesto a seguir con el plan, a pesar de su contundente argumento. Me senté al lado del taxista y le dije:

–Se pierde una batalla, más no la guerra.

El taxista inició su marcha y unos segundos después preguntó:

–¿Dónde es que queda eso?

XIX

*

*“Tanto la quería,
que, tardé, en aprender
a olvidarla, diecinueve días
y quinientas noches.”*

Joaquín Sabina

El mundo ha cambiado; aunque aún conserva su carácter fugaz, sigue siendo vertiginosamente cruel. Ya hace tiempo que dejé de ser el niño; el adolescente recién ha muerto. El pueblo me ha abandonado, y ante tanta adversidad, yo también lo he cambiado por una ciudad. Lejos del nido la necesidad ha hecho estragos y la soledad se ha revelado incompasiva, no poética.

Para entonces, era profesor de literatura de una institución de carácter confesional, opresora, casi desalmada; una cierta hipocresía transitaba los pasillos sacros por donde paseaban monjas infelices, corrían niñas mojigatas y caminaban docentes con cara de santos con su ánimo en duda. Llegué allí como todos, lleno de una esperanza de servirle a una sociedad desarticulada, en la expectativa que la universidad me dejó en su deformación, pero terminé enredado en mis propias pasiones.

“Ella” era mi superiora, no era monja pero lo parecía; desde el primer día de trabajo su imagen mostró un destello perturbable por el cual tantas veces en el pasado me había desviado. Su silueta anunciaba un laberinto

cercado por la pasión propia de lo prohibido, su largo cabello negro era una extensión del secreto de la noche, su intelecto la ubicaba en un pedestal al que solo accedía un exceso de imaginación; para mí era un privilegio servirle siempre con un respeto sumiso, con una actitud eficiente. Ella disfrutaba de ser diligente, dulce, elocuente, pasiva, casi tenue, bastante mayor que yo. Todo me la prohibía: lo social, lo personal, lo laboral; de plano yo la había descartado como posibilidad pero olvidé un factor importante: la literatura.

Logré adaptarme a enfrentar la norma, el hábito, también el alumnado; corría de largo el principio del año. Yo por soledad había despertado entre mis compañeros una cierta afinidad parecida a la tristeza, camuflada bajo el adjetivo de la nobleza; afinidad a la que ella no escapaba. Una tarde cuya fecha no importa, nos sorprendió solos en una sala de escritorios con olor a tiza; entonces por causa del hado se sentó cerca a mí frente a un computador en serio proceso de fosilización. En el vaivén del diálogo premeditado y sugerente, llegamos al campo de lo íntimo. Ella me preguntó si tenía novia, yo mentí por inercia; le repuse la misma pregunta y distinguí la misma mentira. Este sería el inicio de una ruta que nos llevó por un camino incierto en el que más tarde me perdería.

XX

**

Un borrador de poema sin promesas, dio origen a una comunicación secreta y escrita: un verso en el resquicio de un locker, en la superficie de un escritorio, en el interior de un libro de mitología, en el encriptado secreto de un mensaje en público; de esa manera se compiló una relación discreta de mutuo halago con un afecto subliminal, no convencional, donde se encendía en espera la pasión.

Así el afecto y el halago nos cercaron de nuevo al encuentro, donde hablamos de Dante y Yourcenar; un relato en particular de esta última: *Cómo se salvó Wang-fó*. La conversación y el encuentro me confirmaron una cosa que yo venía intuyendo, ella era una musa, cual si fuera poco lo sabía.

Un día cualquiera, del oasis cotidiano del colegio me convidó a un almuerzo en su casa; llevé algo de vino y el libro *El principito*. Resultó ser un lugar lúgubre, algo místico. Vivía sola, además cocinaba horrible: comimos, leímos, también hablamos. Ella me confesó intimidades y secretos; su vida no había sido siempre tan grata. La historia rememoraba un pasado caótico, un matrimonio mal sucedido, una sexualidad violentada, un existencialismo percedero; era en sus propias palabras: una suicida en potencia. En su cocina conservaba pastillas por si la adversidad amenazaba. Yo escuché mudo. Mientras, la tarde se extendía envolviendo completamente la casa con su oscuridad; cuando finalmente cayó, todo fue silencio. Cualquier palabra sobraría.

La penumbra delataba su silueta sentada frente a mí. Una nueva imagen más trágica, casi cruel, me abandonaba a la incertidumbre. Me acerqué a Ella en un esfuerzo inseguro por dar consuelo, pero terminé desnudo enredado con su cuerpo en un beso suicida, casi carnívoro de una pasión cargada de prevenciones. No sería el único anochecer que nos sorprendería en un insomnio acumulado. Fue así como ingresé a su paraíso llenando los vacíos de una existencia en conflicto. Ocultos a la luz pública padecíamos de una entelequia de acecho que encendía la llama de una entrega sin segundas oportunidades.

Un libro en pasta negra se convirtió en bitácora de nuestros encuentros. Un cuaderno modelado por la artesanía que inició su viaje de uno a otro en el secreto atajo del miedo. Allí acumulábamos versos, poemas, cuentos, estrofas, canciones; era un arquetipo afligido del amor adolescente cargado de un significado nuevo, era la memoria de una relación que sobrevivía al tedio de un colegio con dos morales, naufragaba en el pozo siempre quimérico de las relaciones prohibidas. La relación profesional que se transformaba en la bocina de un teléfono, se enaltecía en el verso de un autor al azar del libro negro y respiraba agitado en el encuentro furtivo de un fin de semana. Todo era presuroso, tan rápido, que no supe cuando me volví escéptico de un destino dicotómico inevitable, puente frágil colgando en el precipicio de lo social, lo laboral y lo afectivo. No sé cuándo cometí el error de creer que aquello podía ser eterno.

Algo dejaba palpable en sus escritos, también en los diálogos: todo tenía que terminar, de alguna manera su compañero sentimental oficial lo sabría. Para mayor ilustración diré que era un sujeto adusto, de talla media, con rostro de canino, de oscuras ambiciones y turbulentos negocios, que ejercía una presión metódica sobre Ella. Este último detalle me confirma que aún no he dicho su nombre. Para no prolongar el misterio, diré simplemente que

yo le llamaba damisela, aunque en los escritos prefería que me refiriera a ella como Ella; palabra que resonaba de manera armónica con su verdadero nombre: Marcela.

Todos esos detalles sobre su relación real enaltecían un riesgo patente que se corrió desde el primer poema, con el agravante de que su novio de rostro con pedigrí, tenía una estrecha relación con la rectora del colegio; una monja que para efectos prácticos llamaré simplemente “Monja”, aunque me asalta el deseo de llamarla Batman, con el debido respeto por el superhéroe. Con la presión cercándonos, asumiendo los riesgos de la adversidad, le dije: “bienvenida a mi vida”. El día de su cumpleaños preparé en mi modesto apartamento del oeste de la ciudad un homenaje digno de una musa: un sendero iluminado por las velas, el aire contaminado de incienso, flores de colores, el piso tapizado de poemas de Neruda, de Borges, de Benedetti, de García Lorca, algunas figuras de origami, un improvisado escenario donde le dediqué un par de canciones y un monólogo alusivo a la conversación del principito con el zorro, de la obra de Antoine de Saint-Exupéry. Una noche memorable, cerrada por la mutua escritura en el libro negro, una cena de frutas que se confundió con el sudor, el agotamiento de dos cuerpos, las lágrimas de una felicidad fugaz y el tufo de suspenso. Todo estaba jugado. Ella prometió no olvidarlo, yo consideré un para siempre, pero me equivoqué; todo estaba consumado: sería nuestro último encuentro con la intimidad, ese sentimiento susceptible de llamarse amor habría de ser despiadado, recordándonos el viejo adagio oriental: *“una llama arde más cuando está a punto de extinguirse.*



XXI

Días después de aquella noche, abundaban en el colegio diversas monjas de civil y variados civiles referidos como padres de familia e idénticos profesores con las mismas caras de santos. Algún evento tradicional institucional convocado para un sábado, en el centro caótico de una noche perdida de fin de semana del octavo mes, Ella se paseaba con conciencia de final de la mano del sujeto con rostro de pedigrí que detenía su vibrante pupila en mí. Todo parecía un juego de final perfecto. Lo evidente era su decisión de ser intransigente respecto a lo nuestro, todo había muerto tan de repente como había iniciado; sin lutos, ni pretextos públicos, puesto que si era secreto el andamio de la relación, no podía el final ser motivo de honra social. Solo un escrito como antaño que no necesité leer en su integridad para saber que todo terminaba por libre albedrío o mi bienestar estaba en juego; era la antesala del jaque mate de la partida y solo se extendería mi curiosidad por la verdadera voluntad de Ella, pero mi trabajo también se sometía al riesgo; de modo que la renuncia, no tenía segundas opciones.

El libro negro se liquidó incompleto en mí poder y en vez de fuego preferí el viento. En varios pedazos rompí la corta y bella historia de pasión. Como acto simbólico esperé un día cualquiera de calendario académico. Frente a ella con gesto infantil arrojé los fragmentos al viento desde un balcón cualquiera hacia la intemperie del colegio; pero alguien ajeno a mi propio drama en un asalto de ocio recuperó los fragmentos. No imagino cuánto tiempo le tomó hacerlo, ni mucho menos darles el orden que consi-

deró adecuado; porque no eran pocos. Detalladamente los unió. Tal situación solo me fue revelada una semana después. Aquél personaje vampiresco que ejercía de rectora y portal de autoridad, me mandó a llamar -lo que no era común- pero fui sin intuir la causa. En sus manos reposaban los papeles bizarros pegados con cinta. Su gesto anunciaba que ya los había estudiado sin sonrojarse; fue breve y no por eso cordial: o me iba yo o se iba ella; por influencia del Medioevo asumí la postura del caballero y dispuesto al sacrificio dimití como docente dispuesto a irme por la puerta de atrás. La entrevista había terminado, pero antes de salir por última vez de su oficina, la monja preguntó:

-¿Por qué aquí se dice que Marcela se muere y vuelve a su planeta?

la pregunta fue tan extraña para mí como lo será para el lector. Con gesto de sorpresa ofrecí llevarme los escombros de papel ordenado y la monja accedió, una vez en casa liberado del peso de la culpa, condenado por el pecado, leí las hojas bizarras la historia resultó ligeramente distinta. Algo en el orden del ocioso había fallado. En esta historia los versos de Neruda terminaban en cuentos de Borges y aquella última noche fue para pintar un cuadro por el cual escapar. Como en la historia de Yourcenar, el final concreto no era coherente, pero decía que... luego de hablar con una serpiente ella me había dicho que volvería a su planeta con el cordero que yo le había regalado. Al nacer el día no había encontrado su cuerpo. Comprendí la pregunta de la monja y la historia me fue bastante divertida.

Un par de semanas después recibí una carta con remitente desconocido que anunciaba las exequias de quien para mí y para esta historia ha sido Ella. Me costó creerlo. Para comprobarlo, fui hasta el funeral con un renovado sentimiento de culpa, con un llanto privado. Asistí a un entierro muy concurrido por ex alumnas, profesores, que finalmente no cambiaron sus

caras de santos y monjas que no por el luto dejaron de ser monjas. Al final vi al sujeto antagonista de esta historia y con temor a que ladrara, me le acerqué en un ataque de egocentrismo y le pregunté si ella me había dejado algo escrito. Supe por él que se había suicidado tal como lo había advertido; también que su carta me la había dejado con la monja dos semanas atrás, pegada con una cinta. Comprendí, quizás muy tarde, que la única persona con la posibilidad de armar los fragmentos, de invertir la historia y de volverla a escribir con los mismo renglones era Ella y que la carta bizarra era una advertencia, un reclamo o quizás una invitación. Con su vida terminó la historia, sin embargo el recuerdo aún vive y de seguro persistirá como en el viaje de Dante.

FIN

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN MEDELLÍN
EN EL MES DE ABRIL DE 2019.